

Ismail Kadaré

Las mañanas del café Rostand

Motivos de París

Traducido del albanés por María Rocés González

Alianza Editorial

Título original: *Mëngjeset në Kafe Rostand, motive të Parisit*

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Onufri, 2014
Copyright renewed © Librairie Arthème Fayard 2017,
pour le monde entier, sauf la langue albanaise
All rights reserved
© de la traducción: M.^a Esperanza Roces González, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-284-5
Depósito legal: M. 21.682-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

| | |
|-----|---|
| 9 | Las mañanas del café Rostand |
| 69 | <i>Coffeehouse days</i> |
| 109 | Un abril para Fred |
| 137 | El barón Groult |
| 151 | Las damas menores de la literatura albanesa |
| 185 | Pesadilla |
| 215 | Macbeth |
| 259 | Mosaico |
| 261 | Los días tal como vienen |
| 263 | Día perdido |
| 273 | Día de Buró Político |
| 283 | El llanto de medianoche |
| 291 | Un asunto que termina con perro |
| 303 | <i>Exegi monumentum</i> |
| 307 | La disolución de Albania |
| 311 | A comienzos de octubre |
| 313 | Dos correos electrónicos |
| 317 | Dos nuevos conocidos |
| 319 | Algo que tiene relación con España |
| 323 | Variante femenina de <i>La canción del puente de la Kaaba</i> |

LAS MAÑANAS DEL CAFÉ ROSTAND

ME DABA LA IMPRESIÓN de que todos compartían la creencia de que escribir algo sobre París resultaba sencillo. Sin embargo, lo que hacía que las opiniones divergieran era la cuestión de si hacerlo les resultaría más sencillo a quienes habían pisado al menos una vez la ciudad de París o, por el contrario, a quienes no la habían pisado nunca.

El anhelo de París era de aquellos que, sin el menor fundamento, pueden ser tomados por elitismo de tres al cuarto, sobre todo cuando van acompañados de un «¡ah!». ¡Ah, irme un día a París, pase lo que pase! Y acompañado de la palabra «sueño», induce a mucha gente a pensar que París no solo no se beneficia de esa añoranza universal, sino que, muy al contrario, sufre una especie de disolución y pérdida interior derivada de su uso excesivo.

Al fin en París... De las decenas de millones de cartas, tarjetas postales, correos electrónicos, era poco probable que alguno de ellos, cumplida la alusión al aeropuerto, al taxi, la miríada de luces, la añoranza, la llegada al hotel, etc., etc., hiciera referencia, incluso en dos palabras, al instante, en apariencia desmitificador, de cerrar la puerta de la habitación para meterse a continuación en la ducha.

Y bastante menos se le ocurriría a nadie relatarle, digamos, a la prometida el gorgoteo del agua, que vincula bruscamente

al recién llegado con el invisible reino parisino: el de las aguas negras.

Más convincente que el pasaporte y el visado obtenidos con tanto esfuerzo, aquel gorgoteo era la prueba de que la persona en cuestión había llegado realmente a la ciudad soñada. Era ahora parte suya, de aquel oscuro océano, del que ya nadie podría arrancarle, perdido, igual, inmerso en el caos donde todo se mezclaba: hombres, recién nacidos, bellas mujeres, ex-presidentes, asesinos, editores y devotos de Sartre.

EL ASUNTO DE SI EXISTÍA O NO una relación con París, por simple que pareciera a primera vista, tanto más complejo se volvía después. No era cuestión de tiempo: la relación podía haber sido de unas horas, de unas semanas, de medio siglo, y sin embargo su esencia perduraba. La relación tampoco dependía de otras circunstancias: los motivos que la hicieron posible, la forma de llegar, el recibimiento con flores o la devolución espasado, como les sucedía en ocasiones a los demandantes de asilo. La relación iba más allá.

París, como tantas otras cosas de la vida, pertenecía a la categoría de aquellas que, antes de manifestarse, se hallan dentro de ti.

En mi primer libro le dediqué un poema. Como he contado otras veces, no dejo de recordar la asombrada mirada del editor y su pregunta de por qué había escrito sobre París. Tenía dieciséis años, estaba en el instituto y apenas sabía nada de lo que pasaba en el mundo. Por eso me encogí de hombros y le respondí: No lo sé.

Entonces me hizo la segunda pregunta: que si podía escribir otro poema dedicado a Moscú, y cuando meneé la cabeza para responder de nuevo «no lo sé», me dio a entender que esa

sería la condición para que se publicara *París*. Y así fue, ciertamente.

En ocasiones me parece que un sorprendente hilo uniría más adelante ambas ciudades a mi destino. Pero ya entonces era sabedor de que tanto yo como el resto de jóvenes escritores albaneses formábamos parte de las criaturas a las que, desde hacía años, les habían quitado París. Nos habíamos quedado sin él, lo mismo que sin Londres, sin Roma, sin Nueva York.

Cierto que, aparte de Moscú, contábamos con Praga, Budapest e incluso con Shanghái. Pero tampoco aquello duraría demasiado. Bien pronto perderíamos, una tras otra, todas esas ciudades, salvo la última. Aunque también a ella la perderíamos un día, para quedarnos completamente solos.

A medida que pasaba el tiempo la soledad se agrandaba. Tras la primera de las soledades venía la segunda, y después de ella otra vez soledad. Y todo rodeado de lo mismo. Lo único.

Diez años después, cuando sumido en la desesperanza, en el momento en que menos lo esperaba, me devolvieron París, todo me pareció increíble. Aunque toda aquella historia tenía un regusto... digamos, de somnolencia, por eludir el empleo de la palabra «sueño».

¿Te han publicado un libro en París? Tal vez... Creímos que era un chismorreó. Todos sabían que me habían publicado un libro en el extranjero. Pero eso había ocurrido tiempo atrás. Y además en Moscú, no en París.

La asombrada mirada de mi primer editor, el mismo que, como si predijera mi futuro, había colocado París y Moscú en dependencia recíproca, parecía no abandonarme. No era posible París sin Moscú. Más tarde, esta segunda ciudad sería la primera en dejarse cautivar, hasta que llegó el momento en que ella misma, Moscú, me dejó para no volver jamás.

MI RELACIÓN CON PARÍS iba a ser prolongada, cuarentona. Aunque en realidad había dos Parises, el de los tiempos del comunismo y el otro, intemporal, veinteañero cada uno de ellos.

No me resultaba sencillo decidir cuál era el mío y cuál no. Generalmente me parecía que ambos. Otras veces creía que ninguno.

Por lo común era la llegada la que lo determinaba todo. La llegada siempre en avión, es decir, por el cielo, nunca por tierra. A primera vista podría parecer que, merced al cielo, y puesto que resultaba arriesgado determinar si era comunista o no, el tránsito de un mundo a otro a través de él resultaría armonioso. En realidad sucedía lo contrario. Los aeropuertos, no obstante su bulliciosa atmósfera, todo lo hacían sobrecogedor: los controles, la mirada de los policías, la sospecha.

Había una tercera forma de llegar, de la que nadie hablaba: a través del subsuelo.

Había tratado de describirla en un manuscrito que le había confiado a mi amigo C. Durand. En realidad, más que de un viaje a París, se trataba de emerger del subsuelo, por un plazo estipulado, que figuraba en el pasaporte, y de retornar después, concluido el plazo, al subsuelo albanés.

La llegada, en cualquiera de sus formas, resultaba perturbadora. Ni a una fiera salvaje, ni a un loco o un muerto exasperarían tanto las luces del aeropuerto de Orly como a un escritor del realismo socialista que pisa por primera vez un universo que desconoce si es o no es el suyo.

Todo tenía un regusto de pesadilla a comienzos de los años setenta. Lo imposible se mezclaba con la sensación de un error que, al parecer... se debía de haber cometido en alguna parte... He hablado en diversas ocasiones de esta pesadilla. Y tras cada una de ellas esperaba que no se volviera a repetir, mientras pre-

sentía que la repetición era ineludible por formar parte esencial de la misma.

Se trataba de una invitación. Más exactamente, de la invitación que yo debía haber recibido para viajar a París. Albania entera llevaba casi un año hablando de aquella invitación. Nadie la había visto con sus propios ojos, ni siquiera yo mismo, el interesado, y sin embargo todos estaban convencidos de que había llegado. Incluso, cuanto más tiempo se la mantenía oculta, tanto más veraz se iba volviendo. Es posible que la mitad de la maquinaria del Estado estuviera convencida de que era la otra mitad la que estaba al tanto.

Camino de París, el embajador albanés, que había ido a recibirme, se interesó también por ella.

¿Qué?, le dije.

La invitación, respondió... Me gustaría verla siquiera una vez... Saber qué dice.

Necesité unos instantes para decirle que no la tenía. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando le expliqué que yo tampoco la había leído porque nunca la había visto.

Me miró por el rabillo del ojo, como se mira a un chiflado.

Esperaba que me dijera: ¿De qué te burlas? Has venido a París, adonde es imposible viajar aunque te envíen cien invitaciones con doscientos sellos, ¿y te jactas de no haber visto con tus propios ojos la invitación?

Esperaba una severa amonestación, pero extrañamente el embajador callaba. Solo en una ocasión murmuró: «Lo suponía...». Después, escuetamente me contó que algo raro se había imaginado también él cuando aquella mañana había hablado con el editor francés. ¿Una invitación para el señor K.? ¿Está seguro, señor embajador?

Le escuchaba aturdido. ¿Tocaba ya preguntarle si me habían publicado o no en París?

Acabé, medio riendo, por hacerle la pregunta y él, en el mismo tono jocoso, me dijo que, tal como estaban las cosas, no era de extrañar que lo tuviera en mente.

La conversación, por fuerza, volvía al asunto de la invitación y él me preguntó cómo era posible que hubiera llegado a París sin haberla visto con mis propios ojos y cómo era posible que yo no sintiera curiosidad por saber lo que estaba pasando...

Habría querido decirle que no me podía permitir ser entrometido. Era un milagro que me hubieran permitido viajar, y eso me bastaba. Demasiada curiosidad podía echar a perder el milagro... Mas él quería saber cómo se había decidido este viaje... O al menos si sabía yo qué había pasado...

¿Cómo se había decidido? Lo ignoraba igualmente. Solo sabía que me habían llamado del Ministerio de Asuntos Exteriores para decirme que el enemigo especulaba con la invitación, y que ellos, para cerrarle la boca, habían decidido que yo partiera.

Esperaba que me preguntara quién era ese enemigo y por qué se le prestaba atención, toda vez que sabíamos que cuando la caravana ladra es señal de que los perros pasan... Justo al revés, cuando ladran los perros es señal de que la caravana pasa.

Tras los cristales del automóvil, las luces de París centelleaban cuando cerca, cuando lejos.

Escucha, rompió el silencio el embajador. Hayas llegado como hayas llegado, mejor no le cuentes a nadie los detalles.

Su voz tenía un deje cansado, inseguro. Completé mentalmente sus frases dejadas a medias. Esta clase de asuntos delicados no se sabía nunca cómo podían acabar. Suponiendo que yo no hubiera recibido la invitación, era más que probable que un día se indagara quiénes eran los causantes del embrollo. Cada uno tratará de echarle la culpa a otro, y ni él mismo como em-

bajador se libraría de tener que dar explicaciones. Vale que los demás se dejen embrujar por la fantasía, el arte, las musas y los sueños fugaces, pero tú, embajador, ¿cómo has podido caer en ese juego?

Mientras hablaba, tuve la impresión de que algo se traslucía del trasfondo de esta historia. Aquel regusto de sueño no tenía nada de fortuito. El viaje entero apuntaba en esa dirección. Contradictorio, al margen de la lógica de las cosas, plenamente surrealista. Podía seguir buscando otros calificativos, pero ello no me impedía creer que no podía suceder más que de esa forma. Cierto era que centenares de invitaciones no habrían bastado para hacerme venir, porque ninguna invitación de este mundo podía llegar al lugar donde residía desde hacía años, bajo tierra. Y menos aún llegar a desenterrarte y traerte *a este lado*. Y era normal que todo ello resultara increíble, puesto que nunca había sucedido que un muerto *apareciera* allá donde se le esperaba, en el número 79 del bulevar Saint-Germain.

Ni aun cien invitaciones, ni siquiera con doscientos sellos... Fue exactamente así. Ni las cien juntas serían capaces nunca de lograr lo que una sola. Diferente de las demás, angustiada, inexistente. En una palabra, una como la que a mí me habían remitido, una *noinvitación*.

Las luces de París titilaban alborotadas. Ahora casi tenía la certeza de que no había existido ninguna invitación de nadie. Como se evidenciaría después, lo que se tomó por tal no había sido más que un espejismo, de esos que genera a menudo la sed prolongada.

Albania se caracteriza por una de esas sedes, pero rara vez había acontecido que un espejismo hubiera confundido a un Estado entero.

El automóvil se detuvo ante la entrada de un hotel.

Aquí te alojarás, dijo el embajador. El hotel tenía el mismo nombre que la calle: Dupleix.

Cuando nos separamos, me miró de improviso de forma tal, que parecía estar viéndome por primera vez. Además, el asombro que mostraban sus ojos me pareció mezclado con una dosis de pavor. Era raro, como los pavores que se reparten entre dos personas. Un tercer ojo podría llegar a preguntarse: ¿Quién será ese viajero? E instantáneamente repetirse la misma pregunta sobre el embajador.

EN TODAS LAS OCASIONES POSTERIORES porfiaría en repetirse parte del sentimiento de esa noche. Los hoteles serían otros, los embajadores también, las invitaciones, a su vez, eran ahora precisas, provistas de fecha, plazo y horario, ¡pero qué quieres!, a la mayoría les faltaba lo que debía ser su razón de ser: la capacidad para conducir al invitado allá donde se le esperaba.

Partiendo de este hecho, no resultaba exagerada la añoranza sentida por la primera invitación, la falsa, la inexistente, la casi, casi desleal, por no llamarla depravada, pero que no obstante había logrado lo que ninguna de las subsiguientes consiguió.

De declinar las invitaciones se encargaba el propio Ministerio de Asuntos Exteriores. Los motivos aducidos eran generalmente de salud, con alguna excepción como la de la distinción de Oficial de la Legión de Honor francesa, que fue rehusada bajo el pretexto de que I. K. ya era oficial reservista del ejército albanés y la ley albanesa prohibía la graduación en ejércitos extranjeros.

Mientras trataba de no reírme, le dije al jefe de servicio que debían referirse a la «Legión de Honor», que era una condecoración, y no a la «Legión Extranjera», que era parte del ejército

francés. Me respondió que era poco más o menos, aunque sin embargo aceptó revisar la parte de la respuesta que aludía a la guerra de Vietnam, en relación con la cual Albania no compararía la posición de Francia, y redactarla de manera más diplomática.

Cuando la invitación incluía a la esposa, el motivo aducido era más sencillo: su embarazo. Perdona que te lo diga pero, según mis cálculos, tu Helena debe de haber tenido unos treinta hijos, me dijo un día, risueño, mi editor.

Nos estuvimos riendo un buen rato ambos y después nos pusimos a dilucidar si sería posible tener tantos vástagos, incluso suponiendo que Helena, al igual que los krishna hindúes, no solo tuviera cinco o seis brazos, sino otro tanto de todo lo demás...

Cuando le dije que, a pesar de todo, yo era el escritor de mi país que más viajaba fuera, el otro se llevó las manos a la cabeza. No dejaba de repetirse: Resulta grotesco, es el colmo, te lo juro, no sé cómo llamarlo. Al menos en francés.

Mientras ambos tratábamos de imaginar las distintas clases de invitaciones imposibles que cabía hacerles a los escritores albaneses, recobró el aliento. Nos fuimos acercando a lo que se podría llamar invitación al revés, dicho de otra forma, la antiinvitación, lo que me hizo recordar la anécdota del cliente del Gran Café de Shkodër, quien urgió al camarero a que le trajera el té largamente esperado con estas palabras: ¡Mozo, ni se te ocurra traerme ese té!

No nos hagáis llegar esas invitaciones... La imaginación, desbocada, ideaba el correspondiente antitexto. Señor, querido amigo, tengo el enorme placer de no invitarle a la recepción de Fayard con ocasión de la publicación de su último libro. Agradeciéndole una vez más su incomprensión, acepte, querido se-

ñor, la manifestación de mi alta estima junto al sincero deseo de que no nos veamos ni en esta ni en otras ocasiones. Suyo, Claude Durand.

Intentamos reírnos, pero sin conseguirlo. A pesar de todo, algunos días aún teníamos la esperanza de que toda aquella insensatez desaparecería por fin y que la inmensa cantidad de «nonnes» y «noes» acabaría por retroceder y dar paso a un atisbo de algo afirmativo.

Estaba a punto de creer que era suficiente con que la paloma mensajera en forma de invitación normal llegara un día para que el orden de las cosas regresara con ella.

Jamás habría pensado que el mayor de los imprevistos acabaría por ser el menos esperado de su clase. No era del género: No viajarás al extranjero hasta no habernos aclarado qué es lo que has hecho allí en el viaje anterior. O, la traducción de tus obras, de ahora en adelante, queda prohibida. O etcéteras similares. Era otra cosa. Otra por completo. Era una invitación normal. Con un texto claro. Con las palabras «querido amigo». Con el nombre del editor en la parte de abajo.

Y sin embargo, apenas la leí, se me quedó entre los dedos como si cupiera esperar algo más de ella. Ni yo mismo sabía qué buscaba. ¿Acaso la anotación «que vaya», manuscrita al margen, como creí al principio? La giré de nuevo y seguía allí, y en ningún caso «que no vaya», o novaya, quéva, nadadeir, deirnonnes, niatirosvaya o jamásvaya.

Me dije varias veces «¡qué demonios te pasa!», sin conseguir tranquilizarme. Lo más desconcertante fue que cuando les conté la noticia a dos conocidos que me encontré casualmente a la entrada del Club de Escritores, en sus caras, en vez de un rastro de alegre extrañeza, como era normal en tales casos, me pareció descubrir una especie de agotamiento.

Había creído que era el reflejo de mi vacío interior, que repercutía en los demás, pero cuando descubrí lo mismo en la mirada de Helena, pensé que quizá se tratara de algo más profundo.

Sostuvo la invitación un rato bajo los ojos y antes de que yo llegara a decirme a mí mismo: ¡No! (no me digas que el «que vaya» te parece un «que no vaya»), ella dijo exactamente eso.

Aparentamos reírnos los dos.

Advertía cada vez con mayor claridad que la insensatez había hecho su efecto. La noticia del viaje «allá» había perdido su propio sentido, al punto de que no me extrañaría que la gente, en vez de felicitarme, me dijera: ¡Pero qué demonios te han mandado!

Al recordarlo años después, tras la caída del comunismo, la mayor parte de las veces me parecía todo aquello una exageración, hasta que un amigo, interesado en las peculiaridades de las condenas, me contó que había encontrado al menos dos casos en los que al futuro condenado, justamente en vísperas de la condena, o le habían invitado a cenar los hijos de algún gerifalte o lo habían enviado a un corto viaje al extranjero.

En mis cartas desde París puede encontrarse la misma falta de lógica y el mismo nerviosismo inexplicables. Eran necesarios siempre algunos días para que el equilibrio espiritual retornara. Y esto, al reproducirse en los distintos viajes, unido a las luminarias del aeropuerto de Orly, formaba una amalgama con los gritos, alaridos y antiguas recriminaciones.

De todas las noches, la primera era especialmente desasosegante. Una y otra vez te apetecía levantarte y acercarte a la ventana para comprobar si alguien o algo, la torre Eiffel, por ejemplo, abandonaba secretamente París mientras el presidente, los ministros y hasta los guardias dormían...

TRAS EL DUPLEIX, EL SEGUNDO de los hoteles sería el Derby, no lejos del primero, pero algo más alegre.

Eran poco más o menos las mismas noches, los porteros de noche se parecían y también los cafés. El más agradable, La Terrasse, me había gustado ya desde la primera mañana, pero solo al cuarto día, después de tomar café, mientras mis manos buscaban en los bolsillos un trozo de papel y un bolígrafo, sentí que era el local adecuado.

Tenía la impresión de que la mayor parte de los acontecimientos que viviría en París, incluso aquellos que tenía la certeza de estar viviendo por primera vez, eran en realidad una repetición.

Era, posiblemente, un mecanismo semejante al de los sueños, que no funciona sin que medie confusión. Era esta última la que imperaba. Se mezclaban los recuerdos de los dos Parises, del comunista y del otro, su contrario, sin que llegara a comprender nunca cuál de ellos dejaba más huella.

En La Terrasse, en un mediodía de octubre, se produjo la separación entre los dos Parises. Había decidido no regresar a Albania hasta que cayera el régimen político. Mientras miraba alejarse al periodista Daniel Schneidermann de *Le Monde* con el texto de mi entrevista de adiós, poco podía pensar que la separación, desde cualquier punto de vista, sería temporal.

DOS PARISES... EL COMUNISTA y el poscomunista. Fácil de decir. Pero en realidad, mucho más espinoso. No eran únicamente las vistas las que se transformaban: la plaza del Trocadero, por ejemplo, la primera que atravesé el primer día del primer viaje. Y a continuación todas las demás, unas más risueñas que otras. Los Campos Elíseos, por ejemplo, como una reina ofendida, los grandes bulevares, siempre alegres, los puentes del Sena, algo

desplazados. Y lo mismo pasaba con las gentes: algunas sorprendentes, otras en absoluto. Incluso, en relación con los dos Parises, había momentos en los que me parecía que las transformaciones tras la caída del comunismo se sentían *aquí* tanto como *allá*.

Además, existía un tercer París, el más ininteligible de todos, el de mis cartas. Cada vez que salían a colación, me daba la impresión de que Helena, aunque no lo expresara abiertamente, sentía cierta desazón. A sus ojos, el París de mis cartas no solo no se parecía a los otros dos, sino que, en cierto modo, estaba equivocado. Mis explicaciones de que no debía inquietarse por mi absoluta falta de cuidado a la hora de describir a las personas no la habían convencido. Y máxime, según parece, cuando se sentía de algún modo culpable de aquellas cartas, por la sencilla razón de que a ella iban dirigidas. Se le hacía imposible admitir que la palabra «demonio», por ejemplo, pudiera utilizarse positivamente, o la descripción de la huida en medio de la niebla, gritando, de mi íntimo amigo C. D. y uno de sus ayudantes.

Si mis cartas parecían equivocadas, ¿qué pensar de las notas que había tomado sobre diferentes acontecimientos y que Helena revisaba para las memorias que estaba escribiendo! Sin embargo, era lo propio de cualquier literatura.

Las notas de cuando nos mudamos al número 63 del bulevar Saint-Michel eran el claro ejemplo de *un cuarto París*.

Fue mi viejo amigo Jean-Marie B. quien, mientras tomábamos café frente a los jardines de Luxemburgo, me dijo de sopetón: ¿Por qué no te vienes a vivir a este barrio?

Mientras hablábamos de esa posibilidad, recordó que el Instituto de Francia disponía de un edificio de viviendas algunos metros más allá, y que, dado que yo era miembro extranjero, podía probar suerte.

Al rato, comentando el modo en que se solicitaba piso en el mundo comunista, le dije que en 1972 fue precisamente París, es decir, la publicación en París, y el interés de los periodistas franceses por entrevistarme, lo que desempeñó un papel primordial en la mudanza desde un angosto piso de dos habitaciones a otro el doble de grande.

Mientras bromeábamos sobre lo que podría ayudarme ahora que estaba en París, Jean-Marie B. me dijo que un libro con dedicatoria siempre había sido moneda corriente entre los escritores.

Al advertirle que lo ignoraba todo sobre el modo local de presentar una solicitud, le pregunté si era admisible algo más, y él me dijo que un regalo no se tomaba a mal, siempre que fuera de carácter simbólico.

Tiempo después una nota describe lo sucedido.

Hela aquí:

Sabía que resultaría difícil, sin embargo había decidido no echarme atrás. Tomé el revólver, lo introduje en la cartera y salí. Me repetía: Solo un revólver puede resolver este asunto. En la entrada, por suerte, no había ningún control. La cara del hombre que me esperaba, en cuanto supo el motivo de mi visita, palideció. La conversación apenas fluía. Mis ojos se volvían una y otra vez hacia la cartera donde guardaba el arma. Solo cuando la saqué, todo cambió al instante. Su conmoción fue indescriptible. ¡Oh, no, señor K., se lo ruego, no!

La nota concluye así. Cualquiera que la lea la tomará por la nota de un gánster, que se enorgullece de haber conseguido con su arma, en plena Academia Francesa, lo que no le fue posible conseguir usando el raciocinio.

En cierto modo, si no había ocurrido estrictamente así, guardaba cierto parecido.

Había decidido no echarme atrás. El día de la cita, tras elegir el libro que iba a regalar con su dedicatoria, lentamente, un tanto entumecido, tomé el revólver de un estante de la librería. Mientras lo introducía en la cartera, me imaginaba lo que podría estar pensando un observador que estuviera acechando mis movimientos. (Se ha vuelto loco de cabo a rabo, o la culpa la tiene la Academia, que admite a estos salvajes balcánicos en sus filas.)

Me bajé del metro en Odéon e hice el resto del camino hasta la Academia a pie. Caminaba despacio, pensativo, tratando de figurarme lo que podía pasar.

Afortunadamente, en el vestíbulo de la Academia nadie controlaba las carteras.

El hombre que me esperaba entrecerró feliz los ojos mientras hojeaba el libro. Entretanto, tuve la sensación de que había adivinado para qué le había pedido la cita. Me escuchó no obstante con atención, aunque sin ocultar que iba a desilusionarme. Tras la fórmula, compréndame bien, señor K., que repitió un par de veces, se necesitaba ser un palurdo balcánico para no adivinar que mi solicitud no sería tomada en consideración. Añadió que si estuviera en su mano desde aquel mismo instante aprobaría la solicitud, puesto que en la Academia se me apreciaba enormemente, y él en particular, sobre todo tras la conmovedora dedicatoria... pero que el asunto resultaba bastante complejo, dado que los pisos de aquel edificio eran muy demandados...

Ha llegado el momento, me dije. Trataba de no pensar en nada, solo en hacer lo que había que hacer en calidad de balcánico, verdadero o falso tanto daba.

Introduje la mano en la cartera y toqué el frío cañón del arma.